

TESTIGOS EN LA ESCUELA

22

TESTIGOS EN LA ESCUELA

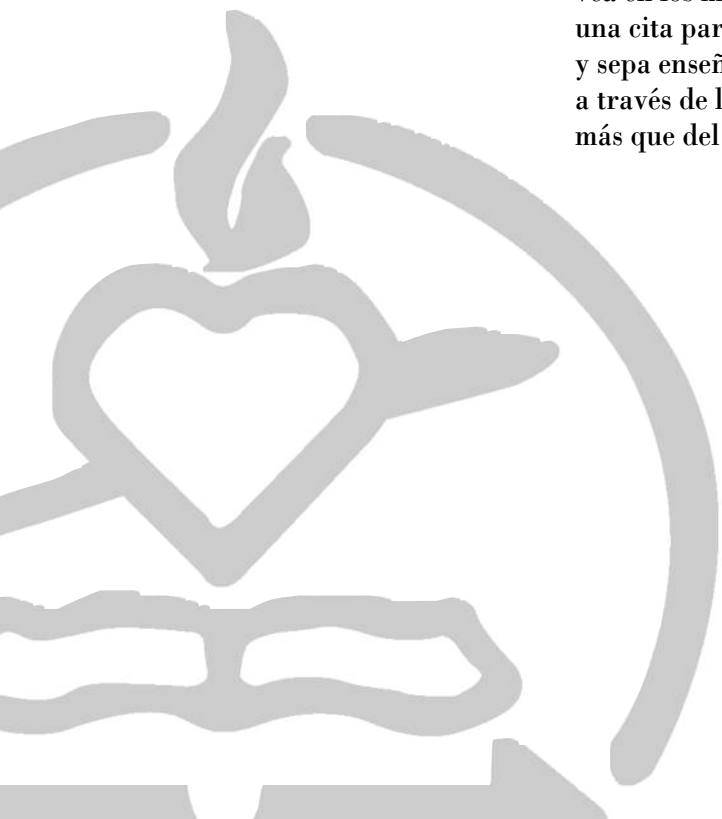
GRUPO DE PROFESORES
Colegio Inmaculada Concepción (Gavá)



Publica:**FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA****Coordinan:****María Paz MARTÍN DE LA MATA
Santiago M. INSUNZA SECO****Colabora:****Comisión de educación FAE****Imprime:****Grafinat, S.A.
Argos, 8
28037 Madrid****ISBN (Obra completa): 84-932490-0-9****ISBN: 84-96029-10-7****Depósito Legal (Obra completa): M-26.388-2002****Depósito Legal: M-48.025-2002**

ORACIÓN DEL EDUCADOR AGUSTINIANO

Enséñame, Señor, lo que tengo que enseñar,
y enséñame, sobre todo,
lo que tengo que aprender.
Para que también yo
continúe considerándome alumno
en la escuela donde Tú
eres el único maestro
que enseñas desde dentro.
Aumenta mi hambre de verdad
para que no descanse
sobre conquistas fáciles,
sino que convierta la vida entera
en una búsqueda incesante.
Que sepa amar sin condiciones,
como amas Tú,
vea en los más débiles
una cita para la entrega gratuita
y sepa enseñar siempre con alegría
a través de los gestos,
más que del discurso de las palabras.



EL año 1994, la FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA celebró, en Madrid, un encuentro bajo el título AULA AGUSTINIANA DE EDUCACIÓN. Aquella feliz iniciativa –ya en su novena edición– ha contribuido a definir las líneas maestras de la pedagogía agustiniana y a crear un foro de reflexión sobre los temas más vivos de la educación contemporánea. Las ponencias de esas jornadas se han venido publicando, año tras año, y constituyen una bibliografía valorada en el mundo agustiniano de habla hispana.

Con el programa «TESTIGOS EN LA ESCUELA», la FAE quiere, ahora, poner en manos de todos los educadores unos cuadernos monográficos que vayan desgranando los matices diferenciales de una propuesta educativa con sello agustiniano. El manantial de intuiciones que brota del pensamiento de san Agustín no queda aquí agotado, a lo más sugerido.

Los Equipos Directivos de los distintos Colegios instrumentarán la metodología y el calendario más adecuados para ese necesario tránsito de la lectura personal a la reflexión compartida.

La sociedad, particularmente la escuela, necesita *testigos*. Hombres y mujeres que confiesen abiertamente las razones que sostienen su vida y den razón de su esperanza. No hay que *imponer* nada, pero hay que ser capaces de *proponer*. La verdad de la vida cotidiana es el mensaje más transparente. Aunque haya interferencias.

Testigos en la Escuela

GRUPO DE PROFESORES, COLEGIO INMACULADA (GAVÁ)

«Deja siempre un poco de espacio para la reflexión y también un poco de espacio para el silencio. Entra dentro de ti mismo, deja atrás el ruido y la confusión. Busca en tu intimidad y trata de encontrar ese dulce rincón escondido del alma donde puedas estar libre de ruidos y argumentos, donde no necesitas entablar disputas sin término contigo mismo para salirte siempre con la tuya. Escucha la voz de la verdad en silencio, para que puedas entenderla»

(SAN AGUSTÍN, Sermón 52,19, 22).

CON el epígrafe TESTIGOS EN LA ESCUELA se presenta este programa de formación para educadores agustinianos. Testigos, ¿de qué? Testigos, ¿de quién? Dos buenas preguntas, o una pregunta doble, que va a ser el argumento de este tema. Un documento de la Sagrada Congregación para la Educación Católica (Roma, 1982) se titula *El laico católico, testigo de la fe en la escuela*. Seguimos con las palmas de las manos llenas de preguntas: Testigos de la fe en la escuela, ¿cómo?

UNA VOCACIÓN MAS QUE UNA PROFESIÓN

Se pregunta Mounier: «¿Cuál es la meta de la educación? No hacer sino despertar personas. Por definición, una persona se suscita por una llamada, no se fabrica por domesticación. La tarea de educar entraña la

práctica del deseo, pero también la práctica del don. Educar es dar, es ofrecer, más aún, es darse, es ofrecerse a otro. La educación es don y a través de este don una generación se enlaza con otra.

Cuando el maestro educa, se expone a sí mismo, es decir, se pone fuera de sí y al hacerlo se revela, se da a conocer, se quita la máscara social y se muestra en su transparencia» (FRANCESC TORRALBA, Hacia una teología de la acción educadora, Conferencia impartida en el V Forum de la Escuela Cristiana de Cataluña, Barcelona, mayo de 2002).

Un educador ha de tener ganas de vivir y tiene que demostrar que el peso de la vida no le resulta insoportable. ¿Cómo va a contagiar entusiasmo por la vida si todos se dan cuenta de que su vida está empapada de aburrimiento? Todavía es peor si el alumno se da cuenta de que para él la escuela es una carga.

«Como individuos y como ciudadanos tenemos perfecto derecho a verlo todo muy negro. Pero en cuanto educadores no nos queda más remedio que ser optimistas. Y es que la enseñanza presupone el optimismo tal como la natación exige un medio líquido para ejercitarse. Quien no quiera mojarse, debe abandonar la natación; quien

sienta repugnancia ante el optimismo, que deje la enseñanza y que no pretenda pensar en qué consiste la educación. (...).

Con verdadero pesimismo puede escribirse contra la educación, pero el optimismo es imprescindible para estudiarla... y para ejercerla. Los pesimistas pueden ser buenos domadores pero no buenos maestros».

(FERNANDO SAVATER, *El valor de educar*, 11ª ed., Ed. Ariel, Barcelona 1999, pp. 18-19).

A la pregunta de Mounier hay que añadir otra ¿Qué tipo de educadores necesita la escuela del siglo XXI? La escuela de nuestro tiempo –hay que repetirlo una vez más– necesita, sin duda, maestros que sean *testigos*, no solamente transmisores de conocimientos. La verdadera configuración de la escuela del futuro remite no tanto a la implantación de nuevas leyes, como a la implicación de unos educadores *nuevos* en la acción educativa.

El educador debe ser *testigo simbólico*. El sentido no se transmite a través de contenidos abstractos e impersonales, sino a través de palabras, de gestos, de miradas que tienen un relieve profundamente personal. El auténtico educador no es un mero transmisor histórico de mensajes, teóricos o prácticos, que

pertenecen al acervo común de la cultura, sino que es un ser humano, único e irrepetible, cuya gran vocación es el servicio al alumno, la construcción de sentido en su alma. Por ello el educador, si de veras quiere cumplir su tarea, debe ser *testigo simbólico*.

El testigo asocia la unidad y la transparencia. Es capaz de estrechar, en un mismo abrazo, la fe, la cultura y la vida. Su ser, su hacer y su decir constituyen una unidad de sentido. Es decir, existe una completa armonía entre aquello que dice y aquello que hace. Esta unidad del testigo simbólico es, además, transparente, porque en su pensar y su acción no hay penumbras ni oscuridades (cf. FRANCESC TORRALBA, *ibidem*).

«Una escuela católica, comunidad educativa cuyo fin último es educar en la fe, será tanto más idónea para cumplir su misión, cuanto más represente la riqueza de vocaciones, de carismas y de dones de la comunidad eclesial. Por eso la presencia en ella de sacerdotes, religiosos, religiosas y seculares constituye para el alumno un reflejo educador de la riqueza eclesial, así como un modelo de cómo se puede vivir una profesión como vocación, es decir, como medio de santificación

personal y de apostolado, según el estado a que cada uno es llamado»

(CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA,
Roma, 15 de octubre de 1996).

En todo proyecto educativo hay algo primordial e insustituible: la *vocación personal*. Sin ella todas las técnicas y todos los recursos son limitados e infecundos.

EL EDUCADOR AGUSTINIANO

El educador agustiniano es un acompañante. Su tarea y su meta –como se repite en diferentes temas a modo de sintonía– no es la información-conocimiento, sino la *formación-sabiduría*.

Fundamentalmente, es un compañero de búsqueda que, desde su propia vida, presenta valores generadores de actitudes humanas y facilita comportamientos cristianos.

San Agustín distingue tres tipos de educadores:

Unos venden palabras a cambio de un sueldo. Los llama cotorras y ladrones. Cotorras, porque no hacen más que repetir el disco. Ladrones, porque hablan de lo ajeno.

Otros, como las piedras miliare, muestran el camino a los demás mientras ellos se quedan parados. Dicen, pero no hacen.

Finalmente, otros se ofrecen en imitación a sus alumnos. No sólo muestran el camino, sino que van por delante. Hacen lo que dicen.

La misión del educador no es anónima, sino personal y personalizada. Los alumnos tienen nombres y apellidos, virtudes y defectos, necesidades y valores. Debe, pues, potenciar las diferencias, pero en clave de unidad y comunión. Respetar la igualdad y la justicia, pero sin caer en el riesgo de la uniformidad: *No a todos por igual, sino a cada uno según sus necesidades.*

Necesita un gran equilibrio en su ejercicio de acompañamiento. Su mundo de referencias esenciales tiene las siguientes coordenadas:

- Interioridad: La Verdad reside en el hombre interior (*La verdadera religión* 39,72).
Educar es *sacar a la luz, ayudar a dar a luz, recordar, iluminar...*
- Trascendencia: Nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti (*Confesiones* 1,1,1). *El ideal está siempre más allá.*

- Comunión: Necesitamos de los demás para ser nosotros mismos (*Comentarios a los Salmos* 125,13). La verdad no es mía ni tuya, para que pueda ser tuya y mía (*Comentarios a los Salmos* 103,2). (cf. PEDRO RUBIO, *Educación estilo agustiniano*, Publicaciones FAE, nº 5, Madrid 1996, pp. 42-43).

¿CÓMO SER TESTIGOS EN NUESTRA ESCUELA?

Cuando los valores imperantes en la sociedad son diferentes a los propuestos en la escuela, la tentación del educador –y de todas las personas que, por oficio, tienen que vivir a credo descubierto– es vivir en una situación de cierta clandestinidad. Por eso se puede hablar de una evidente falta de testigos en el campo de los medios de comunicación y en las aulas. La fe pasa a ser un asunto íntimo, reservado, sin reflejo público. Hay que decir, en descargo de los educadores, que su tarea está hoy amenazada por distintos problemas y circunstancias coyunturales. El educador cristiano se ve situado entre la exigencia de una programación técnica implacable y el diario quehacer de proponer un modo humano de ser a partir de la perspectiva del Evangelio.

El primer testimonio del educador debe ser de una humanidad madura, equilibrada, realizada. Un hombre o

una mujer que se mueve sobre un suelo de seguridades y certezas adquiridas a través de los años. Tan capaz de esperanzas e ilusiones como de encajar frustraciones porque interpreta el éxito y el fracaso como aprendizajes vitales.

Cuanto más me conozco y comprendo, mejor será la vida que puedo crear. La auto crítica y el realismo son imperativos de una existencia consumada. Si soy consciente de lo que ataño a mis intereses, valores, necesidades y metas, y los intereses, valores y necesidades de los demás, mayor será mi capacidad de influencia. Nos movemos en un mundo de relaciones –alumnos-familia-escuela-sociedad– donde nuestra misión es ser despertadores de humanidad. Recordando una frase de Unamuno, *enseñamos por horas, educamos siempre*. Los conocimientos aprendidos se borran y suplantados con el tiempo; la huella de la educación –la capacidad de pensamiento propio, la apertura y relación con los demás, la búsqueda de la verdad, la tolerancia, el amor...– permanecen.

¿HAY COHERENCIA ENTRE LO QUE DECIMOS Y HACEMOS?

En un momento en que prevalece la cultura del fragmento, abundan, también, las personas que viven el divorcio entre el pensamiento y la

vida. No es fácil que nuestro discurso ante los alumnos tenga el sello de la novedad. Todo suena a mil veces repetido y, por tanto, conocido. Lo que despierta el asombro y la pregunta es el discurso de los gestos, la coherencia y plasticidad de la vida. El discurso acerca de la verdad o la justicia se vuelve, frecuentemente, abstracto y vaporoso. La presencia, sin embargo, de una persona veraz y justa es una realidad tangible.

Nada tan convincente como el lenguaje de la vida. Por eso la coherencia, el matrimonio entre hechos y palabras, es regla de oro en la pedagogía. «La buena conducta de quien ejerce la autoridad es la mejor y más eficaz confirmación de las verdades que enseña» (*El orden* 2,27).

La persona coherente:

- Es sana porque no está dividida interiormente.
- No tiene prejuicios.
- Es veraz, con respuestas realistas.
- Vive en paz y a gusto consigo misma.
- Se valora y valora a las otras personas.
- Reconoce sus necesidades y derechos.
- Acepta el ambiente tal como es, no como le gustaría.
- Es veraz en sus palabras y gestos.
- Hay armonía entre sus palabras y sus sentimientos.

- Se comunica directamente, sin dobles o triples mensajes.
- Transmite su propia verdad en la comunicación.
- Pide perdón cuando es necesario.
- Evalúa actividades, pero sin una actitud de culpabilidad o de acusación.
- No busca el aprecio por encima de todo.

Cuando las acciones responden a las palabras se despierta credibilidad y es posible una comunicación fluida y abierta porque se percibe cercanía y transparencia. Surge la confianza cuando la expresión es sencilla y franca. No hay nada que genere suspicacia, recelo o miedo. Es una actitud que expresa y suscita libertad. Al mismo tiempo, es capacidad de encuentro positivo con los demás, de pensamiento creativo y testimonio de una vida plena de significado.

TESTIGOS DE LIBERTAD

La escuela nunca ha sido sinónimo de libertad. Todo parece cuadriculado, reglamentado, inflexible. Los alumnos sacan y retiran, rítmicamente, los libros de sus pupitres; los profesores pasan de un aula a otra a golpe de timbre... ¿Qué espacio queda para la libertad?

Independientemente de la creatividad didáctica y pedagógica

del profesor, toda persona necesita la libertad de ser, de construir su propia historia. El quehacer educativo es una tarea de persona a persona que necesita un amplio campo de expresión. La máquina de enseñar puede suplir al ser humano docente pero nunca al hombre o la mujer que desvela ante sus alumnos las razones fundamentales de su existencia.

Sería empobrecedor que por nuestras aulas desfilaran sólo docentes –atados por las prisas a un programa– sin atender a esa función primordial de ser modelos cercanos, vividos, realizados. La escuela transmite ideales y modelos de vida. Nunca se podrá hablar de una educación neutra porque cada educador tiene un rostro personal, una conciencia, y trasluce su modo de percibir la vida.

Habría que hablar, también, de *libertad para contemplar e interpretar con lucidez la realidad*. Añorar el pasado o pretender adelantar el futuro, son dos formas de huida del presente. La educación se desarrolla en una sociedad y en un tiempo. A través de las ventanas del aula llega el pulso y el latido de la calle. Noticias que, a veces, desmienten o ponen bajo sospecha las propuestas de la escuela. Hay, evidentemente, «otras escuelas» que emiten constantemente sus mensajes.

La realidad social –con sus luces y sombras– no se puede borrar y

tampoco ignorar. Aparece ante los alumnos en estado bruto, sin pulir. Cada noticia admite un juicio sobre los valores o contravalores que encierra o, lo que es lo mismo, cada noticia encierra un mensaje, una carga educadora que hay que procesar, analizar y valorar.

TESTIGOS DE AMISTAD

«Todo crecimiento y maduración personal, al igual que todo deterioro y regresión personal, pasa a través de nuestras relaciones con los demás»

(POWELL, J., *¿Por qué temo decirte quién soy?*, Ed. Sal Terrae, Santander 1998, p. 33).

Una relación sólo será positiva si es buena la comunicación en que se basa. Es decir, si somos capaces de decirnos con toda sinceridad los unos a los otros quiénes somos, qué es lo que estamos pensando, valorando, temiendo, deseando... sólo así podremos crecer.

Esa relación positiva tiene que comenzar por mí mismo. En la medida que yo puedo entrar en contacto con mi dolor sin sentir incomodidad y lo expreso libremente, puedo reconciliarme con la parte menos deseada de mi vida y se ensancha mi posibilidad de comprender a los demás.

Este es el verdadero sentido de la autenticidad como persona: *que mi exterior refleje verdaderamente mi interior*. Si no es así, tendremos amigos superficiales, pasajeros, las relaciones con los demás no pasarán de ser meras conversaciones sociales y no tendrán auténtico significado personal.

Si el propio mundo personal es un mundo de objetos, de cosas que pueden ser manipuladas como instrumentos de distracción y placer, la persona estará distraída, pero sola. Una de las leyes de la vida humana es: debemos usar las cosas y amar a las personas. Aquel que viva la vida exclusivamente en el nivel sujeto-objeto, no tardará en descubrir que ama las cosas y usa las personas. Y esto significa una auténtica sentencia de muerte para la felicidad y la relación humana. Si queremos ser testigos, deberemos reflexionar sobre nuestra manera de comunicarnos.

Con frecuencia, nuestra conversación establece la disponibilidad mínima a comunicarnos con los demás. Hablamos con tópicos, parapetados detrás de nuestras corazas y sin abrir cauces de comunicación verdadera con los demás. Da la sensación de que nos reunimos para estar solos en grupo. *Las personas no comparten nada en absoluto*, o hablamos de otros. No revelamos nada de nosotros mismos. *Ni damos nada de nosotros ni pedimos nada de los otros a cambio*. Sin darnos cuenta que lo que realmente me diferencia de los demás es la comunicación de mis sentimientos

o emociones. Para tener un verdadero encuentro personal *toda comunicación* debe basarse en *esa comunicación cordial* (que brota del corazón), *sincera y abierta*.

Toda amistad profunda y auténtica debe basarse en una transparencia y una sinceridad absolutas. Dada nuestra condición humana, nuestros sentimientos son versátiles, discontinuos. Sin embargo, puede y debe haber momentos en los que el encuentro alcance la comunicación perfecta. En esas ocasiones las personas experimentamos una *empatía mutua* casi perfecta.

La *empatía* es un término psicológico que hace referencia a la cualidad que posee una persona para ponerse en el lugar del otro, comprender las ideas y sentimientos de otras personas. No hay que confundir la *empatía* con la *simpatía* (sentir del mismo modo). Se puede coincidir o no con las acciones, pensamientos, etc... de los demás, pero lo importante es comprenderlos. Por eso para ser empático es importante evitar observaciones irónicas o acusatorias.

Cuando encontramos a una persona que se muestra empática con nosotros, lo notamos enseguida: la aceptación incondicional de lo que le estamos contando y de nosotros mismos, genera, espontáneamente, una corriente de serenidad y de confianza, sintiéndonos apoyados y comprendidos por la persona que nos escucha.

A pesar de lo reacios que somos a abrir el claustro de la propia intimidad, todos tenemos un profundo e intenso deseo de ser comprendidos. Por eso cuando no somos comprendidos por aquellos cuyo cariño necesitamos, la comunicación se convierte en algo inquietante e incómodo.

Nadie puede querernos si no nos comprende. En cambio, quien se siente comprendido se siente amado. Si nadie me comprende y me acepta tal como soy, me sentiré «extrañado». Quien es comprendido y amado crece como persona. Todos tenemos en nuestro interior muchas cosas que nos gustaría compartir. Pero mil y un temores nos mantienen encerrados en nuestro pequeño mundo y achican el campo de nuestras relaciones.

PARA EL DIÁLOGO:

- **¿Estás en actitud de búsqueda y dedicas un tiempo a entrar en ti mismo, a conocerte y descubrir tus sentimientos, a aceptarte y superarte?**
- **¿Cuál es el nivel de tu comunicación con los demás? ¿Compartes experiencias y sentimientos, valoras situaciones y procesos de crecimiento personal?**
- **¿Te sientes feliz como educador o educadora y tu ser, tu hacer y decir constituyen un signo de identificación con el espíritu de la escuela agustiniana?**

LA COMUNICACIÓN, CAMINO PARA CONOCERSE Y CONOCER A LOS DEMÁS

El conocimiento de uno mismo no sirve de nada si no nos ayuda a descubrir la necesidad de los demás, porque en el amor está la plenitud de la vida.

Si nos manifestamos tal como somos, con todas nuestras imperfecciones, el otro percibirá que nos hemos arriesgado y que hemos confiado en él. Es un ejercicio de humanidad y de sinceridad. Todo lo humano es contagioso y el otro querrá hacer lo mismo.

No reprimir nuestras emociones significa aceptarlas, experimentarlas, reconocerlas como propias. Lo cual no implica, en modo alguno, que debamos obrar siempre por impulsos emocionales. Una cosa es tener emociones y sentimientos, y otra que los sentimientos y emociones nos tengan a nosotros.

En la persona integrada las emociones no están reprimidas y tampoco ejercen dominio sobre la persona. Sencillamente, son reconocidas.

Del mismo modo que si nos colocamos ante un espejo podemos observar nuestra imagen física, también la relación con los demás nos permite prolongar nuestra propia experiencia humana y advertir nuestras posibilidades y carencias. El otro me

ayuda a conocerme, el otro me facilita una imagen más real de mí mismo. Por eso la comunicación –cuanto más veraz y profunda sea– más se convierte en escuela de humanidad.

TESTIGOS DE HUMANIDAD

Es estar al tanto de nuestras emociones, en sintonía con ellas, conscientes de lo que ellas advierten acerca de sus necesidades y de sus relaciones con los demás. Hemos dicho también que esto no supone abandonarse a las emociones.

En la persona plenamente humana se da un equilibrio entre los sentidos, las emociones, el entendimiento y la voluntad.

Es de vital importancia considerar que:

- Casi todos los placeres y sufrimientos de la vida están profundamente relacionados con las emociones. Controlar las emociones significa tanto como tener en las manos las riendas de la propia vida.
- En la mayoría de los casos, por muy intelectuales que seamos, la conducta humana es el resultado de fuerzas emocionales. Somos más corazón que razón.
- Frecuentemente, los conflictos interpersonales provienen de

tensiones emocionales (celos, frustraciones...) y la mayoría de los encuentros interpersonales se logran mediante algún tipo de comunicación emocional (empatía, ternura, atracción).

Las emociones y el modo que tengamos de afrontarlas probablemente determinen nuestro éxito o nuestro fracaso en la aventura de la vida y en el quehacer educativo. A ningún educador o educadora se le escapa que nuestra vocación exige una buena dosis de resistencia a la frustración, de control emocional, de generosidad sin condiciones para aceptar la falta de reconocimiento. Si falta todo esto, no es infrecuente derivar hacia la indiferencia, la arbitrariedad y hasta la amargura. ¡Para lo que te lo van a agradecer...!

EL CONTROL DE LOS SENTIMIENTOS Y LA ACEPTACIÓN DE SÍ MISMO

Independientemente de lo que puede significar el aplauso y el reconocimiento de los demás, el equilibrio personal depende del grado de ajuste interior. Aquí es donde el entramado afectividad-racionalidad tienen una importancia grande.

Se podrían resumir, en apretada síntesis, algunas tareas imperativas:

1. Ser consciente de los propios sentimientos: Descubrirlos.
2. Poner nombre a los sentimientos, identificarlos. Valorar nuestros estados emocionales nos permite descubrir sus raíces y el monólogo interno de que se nutren.
3. Evaluar los sentimientos: Saber a dónde nos lleva sentir lo que sentimos.
4. Comunicar los sentimientos: Nos cuesta porque nos desarma, nos deja a la intemperie y rompe nuestros mecanismos de defensa. La comunicación facilita la clarificación. Cuando yo puedo escuchar a otro y decirle lo que siento, noto que crezco. La comunicación es un acto de amor, me ayuda a crecer y mejora mi felicidad y la de los demás.
5. Integrar los sentimientos: Después de haber escuchado, cuestionado y explicitado las emociones, dejar que la mente juzgue lo que conviene hacer y dejar que la voluntad lo ejecute.

Si puedo expresar mis sentimientos me siento libre. Si culpo a otros no crezco. La responsabilidad es la capacidad de reaccionar. Si me culpabilizo me convierto en verdugo de mí mismo, me anulo, detengo mi crecimiento.

DIEZ SIGNOS QUE MANIFIESTAN SI UNA PERSONA SE ACEPTA A SÍ MISMA

1. *Las personas que se aceptan a sí mismas son felices.*

El primer signo de la autoaceptación es la propia felicidad. Los otros se pueden mostrar críticos o poco cariñosos, nunca podremos controlar las reacciones de los demás.

2. *A las personas que se aceptan a sí mismas les resulta fácil relacionarse con los demás.*

Cuanto más nos aceptemos a nosotros mismos, con mayor facilidad sospecharemos que también nos aceptan los demás. Nada impide que yo me muestre ante los demás tal como soy. Si verdaderamente nos amamos, disfrutaremos y saborearemos, por igual, la comunicación y la soledad. Para quienes se aceptan a sí mismos, la soledad es gozosa; para quienes no se aceptan, por el contrario, la soledad puede ser dolorosa. El solitario experimenta la disconformidad, el vacío, y no quiere sino buscar distracciones y evadirse.

3. *Las personas que se aceptan a sí mismas están abiertas a ser amadas y elogiadas.*

Detrás del rechazo a ser amado puede esconderse un sutil egoísmo. Permitir que nos amen, es tanto como asumir e interiorizar el juicio positivo de los demás sin sentirnos unidos a la sospecha respecto a los motivos de quien nos elogia: «¿Qué pretenderá de mí?», «Si me conociera de verdad, no me valorarían así».

4. *Las personas que se aceptan tienen la posibilidad de ser realmente ellas mismas.*

En la medida en que nos aceptamos tal como somos, verdadera y gozosamente, nos acompañará esa autenticidad que sólo puede provenir de nuestra genuina aceptación. Cuando nos sintamos heridos en nuestros sentimientos, seremos capaces de expresarlo abiertamente; cuando queramos y admiremos a otros, estaremos abiertos a compartir nuestro aprecio y nuestra admiración con esas personas. No nos sentiremos torturados por la posibilidad de malentendidos o interpretaciones equivocadas, ni nos preocupará que nuestros sentimientos sean correspondidos o no. En suma, seremos libres para ser nosotros mismos.

Esta autenticidad significa que no tendremos que llevar sobre nosotros, a modo de equipaje

permanente, una colección de máscaras.

5. *Las personas que se aceptan a sí mismas se aceptan tal como son en el momento presente.*

Nuestro yo de ayer ya es historia; nuestro yo de mañana aún es desconocido. Lograr desprenderse del pasado y no vivir anticipando el futuro, dista de ser fácil; pero la única y auténtica autoaceptación debe centrarse en quiénes somos en este momento.

6. *Las personas que se aceptan son capaces de reírse de sí mismas.*

Ser capaces de admitir nuestra fragilidad y nuestra torpeza y reírnos de todas ellas, requiere una seguridad interior que sólo nace de la autoaceptación realista.

7. *Las personas que se aceptan a sí mismas conocen y atienden sus propias necesidades.*

La caridad empieza por uno mismo. Las personas que se aceptan a sí mismas, buscan vivir un tipo de vida en el que sus necesidades se vean satisfechas. Descansan, se distraen, hacen ejercicio, se alimentan lo suficiente, se abstienen de hábitos autodestructivos... También son capaces de ponderar sus propias necesidades equilibrándolas con las necesidades de los demás. Están atentas a las necesidades ajenas y ayudan a los demás. Sin embargo, también son capaces de decir no, sin experimentar un sentimiento de

culpa, porque conocen sus propias limitaciones y necesidades.

8. *Las personas que se aceptan a sí mismas son independientes.*

Autónomas porque los principios o normas que rigen su vida proceden de su propio interior. Si nos aceptamos a nosotros mismos, haremos lo que consideremos correcto y adecuado, no lo que otros puedan pensar o decir.

9. *Las personas que se aceptan a sí mismas mantienen un contacto positivo con la realidad.*

Excluye cualquier visión fantástica de la realidad o el imaginarnos cómo sería nuestra vida si fuéramos otra persona. Disfrutamos de la vida tal como es y participamos activamente en ella; no fantaseamos sobre lo que «podría» ser.

10. *Las personas que se aceptan a sí mismas son asertivas.*

La señal definitiva de la autoaceptación es lo que se denomina «asertividad». Como personas que se aceptan, afirmamos nuestro derecho a tener nuestros propios pensamientos y a elegir por nosotras mismas. Nos relacionamos como iguales. Ni somos desvalidos compulsivos, ni protectores paternalistas de los desvalidos. También afirmamos nuestro derecho a equivocarnos. Muchos de nosotros nos apartamos de la verdadera

asertividad basándonos en la posibilidad de equivocarnos, de modo que ocultamos nuestras opiniones y nos negamos a que se conozcan nuestras preferencias. La autoaceptación nos reta a ser firmes, a respetarnos y a expresarnos de modo sincero y honesto. (POWELL, J., *La fidelidad es una tarea interior*, Ed. Sal Terrae, Santander 1989, pp. 17-23).

No podemos cambiar el mundo a nuestro antojo, pero sí podemos cambiar nuestra respuesta ante el mundo. Podemos cambiar nosotros y labrar nuestra felicidad interior.

TESTIGOS DE LA FE, DE LA VIDA Y DEL DIOS DE LA VIDA

«El que avanza al ritmo exclusivo de las evidencias, rehusando la incertidumbre y el riesgo, evita medirse con lo que le sobrepasa, pero queda impedido para el encuentro con lo inesperado de los dones divinos, que trascienden siempre la expectativa humana y no se ajustan a sus pretensiones, sean ambiciosas o modestas»

(CHARLIES, C., *Sagesse des sens. Le regard et l'écoute dans la tradition hebraïque*, París 1955, p. 55).

Vivimos en un mundo de prisas, de evidencias, de búsqueda de lo útil y verificable. Con frecuencia el educador escucha: *¿y esto para qué sirve?* Se nos invita al autoconocimiento, al crecimiento interior, a la madurez, y a tener el coraje de ir al encuentro con el Dios vivo. Todo encuentro es un proceso que cambia a los que se encuentran, los transforma, es un don que se regala.

El proceso del encuentro no es fácil. Cada hombre, en el encuentro con Dios, debe buscar su camino y descubrir una nueva conciencia de sí mismo, sabiendo que su propio conocimiento le abre al conocimiento de Dios. San Agustín, en las *Confesiones*, nos relata su encuentro personal con Dios.

«Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. El caso es que tú estabas dentro de mí y yo fuera. Y por fuera te andaba buscando y, como un engendro de fealdad, me abalanzaba sobre la belleza de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me tenían prisionero lejos de Ti aquellas cosas, que, si no existieran en Ti, serían algo inexistente. Me llamaste, me gritaste, y desfondaste mi sordera. Relampagueaste, resplandeciste, y tu

resplandor disipó mi ceguera. Exhalaste tus perfumes, respiré hondo, y suspiro por Ti. Te he paladeado, y me muero de hambre y de sed. Me has tocado, y ardo de deseos de tu paz» (10,27,38).

Después de esta experiencia, pudo afirmar Agustín: «Soy plenamente consciente y no tengo la menor duda de que te amo, Señor» (*Confesiones* 10,6,8). Pero él se preguntó «¿Qué es lo que amo cuando te amo a ti?... amo una especie de luz y una especie de voz, y una especie de olor, y una especie de comida, y una especie de abrazo cuando amo a mi Dios, que es luz, voz, fragancia, comida y abrazo de mi hombre interior» (*Confesiones* 10,6,8). Continuó en su búsqueda y nos explica cómo la naturaleza entera le habló de Dios, cómo fue descubriendo en la Biblia al Dios vivo y cómo se interrogaba en el hondón de su corazón «¿Quién soy yo, pues, Dios mío?, ¿Qué es lo que tengo que hacer, Dios mío, mi vida verdadera?, ¿Qué me dices Tú?» (*Confesiones* 10,17,26).

El camino de cada ser humano en el encuentro con el Dios de la vida es único. La fe es la decisión más personal. Su único objetivo es la presencia y la llamada de Dios y la respuesta intransferible del hombre. La fe es una opción en libertad y

concede al hombre realizar las posibilidades de infinito que lleva dentro, confiándose a ellas.

Encontrarse con Dios es aprender a vivir divinamente la vida diaria, «*No temas, yo estoy contigo*» (*Isaías* 43,5). Y para esto son indispensables unas relaciones basadas en vínculos interpersonales sólidos y duraderos, más allá de las meras relaciones funcionales o laborales.

Bergson acuñó una bella frase: «*Dios ha suscitado a su lado creadores y no esclavos*». No es posible, por tanto, ver a Dios como alternativa de lo humano. La gloria de Dios y la gloria del hombre son inseparables.

JESÚS NOS ENSEÑA A VIVIR ESTA EXPERIENCIA DE FE

Jesús nos habla de semillas, levadura, luz, sol, y nos invita a ser. Y en la medida que acogemos esta invitación, germina, fermenta, se ilumina y sazona toda nuestra vida y esta renovación es don del Espíritu de Dios.

La clave de la *libertad* de Jesús es el *amor* que va siempre mucho más lejos que la ley. Jesús se conmueve ante el dolor humano, tiene un corazón tierno y pasó haciendo el bien, curando a los ciegos, a los paráliticos y a los leprosos. Frente a una multitud necesitada, Jesús dice a sus discípulos:

«*Dadles vosotros de comer*». (Lucas 9,13)

En la multiplicación de los panes y los peces, Jesús acentúa la dimensión colectiva y social. Ve la misión como un compromiso por la liberación total del hombre. Nos revela la predilección por los pobres, los que sufren, los necesitados. Nos invita a organizarnos, nos asocia a su misión y acoge nuestro esfuerzo. El Reino que anuncia Jesús es para la vida del mundo, «*Yo he venido para que tengan vida y vida en abundancia*» (Juan 10,10) y nos exige conversión y experiencia personal de Dios.

A los educadores hoy también nos hace la misma invitación: «*dadles vosotros de comer*». Los niños, los jóvenes, las familias... necesitan el pan de la cultura, el pan de la escucha, la comprensión y la amistad, el pan de la solidaridad y gratuidad, el pan del sentido de la vida. En la comunidad educativa debe haber pan para todos.

Si la experiencia humana, comprometida en la educación, conecta con la experiencia del Evangelio, éste se constituye en itinerario espiritual para el educador, muestra su fuerza transformadora y ayuda a vivir la vida con hondura –vivir de dentro afuera– invita a desprotegerse e implicarse en las relaciones interpersonales «*amaos los unos a los otros*» (Juan 15,17), a reconciliarse con la realidad, a asumir

el vértigo de la libertad, a ser fiel a la verdad íntima, a aceptarse, a solucionar los conflictos personales desde la comprensión del otro y conscientes de sus dificultades.

«Entonces se descubre, maravillado, que lo vivido por Jesús tiene que ver con la aventura humana. El evangelio nos cambia en la medida que se nos revela como iluminación de la propia verdad y lo tenemos que escuchar y acoger desde el corazón»

(GARRIDO, J., *La relación con Jesús hoy*, Ed. Sal Terrae, Santander 2001, p. 197)

TESTIGOS DEL DIOS QUE DA SENTIDO A LA VIDA

El educador, el alumno y la familia, todos alguna vez nos hemos preguntado: ¿Qué sentido tiene la existencia del hombre? ¿Qué significan el sufrimiento y la muerte en la vida humana? ¿Qué sentido tiene el amor? ¿Qué voy a hacer con mi vida? ¿Qué espero? ¿Por qué la presencia del mal y del dolor?

El Dios de Jesús no tiene respuestas hechas ni recetas automáticas ante la complejidad de la vida humana, pero nos ofrece ojos nuevos para ver la realidad, nos abre horizontes. «*En cada Eucaristía, hay un recuerdo,*

memoria de una violencia, la que asumió el inocente, el Hijo de Dios». Jesucristo nos ayuda a mirar cara a cara todas las violencias, todos los sufrimientos que continúan hiriendo a la humanidad.»(...)

*«En cada Eucaristía también hacemos memoria de la victoria de Cristo sobre la violencia. Cristo la ha vencido, no oponiéndose con otra violencia, sino ofreciendo el perdón y ofreciéndose como cordero: “Mi vida nadie me la arrebató, Yo mismo la entrego” (Juan 10, 19). Cada Eucaristía es un acto de amor en este mundo desgarrado por la violencia y el dolor» (M^a JESÚS RODRÍGUEZ y M^a PAZ MARTÍN, *Testigos de la Esperanza, mensajeras de Amor*, Madrid 2001, p. 148).*

El misterio de la muerte de Jesús engendra la vida eterna. *«Así es la cepa, mutilada, sin hermosura en invierno, cuya sabia resurge en primavera de la profundidad oculta, en verano se expande con pámpanos resplandecientes y, al comienzo del otoño, ofrece el fruto del amor y del éxtasis».* (GARRIDO, J., *La relación con Jesús hoy*, Ed. Sal Terrae, Santander 2002, p. 220).

El primer día de la semana, la mañana de Resurrección, está marcada por una nueva luz, una nueva tarea y una nueva vida. El Dios que resucitó a Jesús nos invita a formar la gran familia de hermanos, que se sientan a una mesa común, donde hay un lugar

para todos, donde se vive la *fiesta*, donde se celebra el *encuentro*, donde se ofrece el *amor*.

PARA EL DIÁLOGO:

- **¿Estás dispuesto a abandonar posturas de cansancio, desencanto, pesimismo... e iniciar un camino de mayor apertura a Dios y a la esperanza?**
- **¿Apuestas por vivir una vida en plenitud? ¿A través de qué gestos lo manifiestas en tu relación con los demás, especialmente, con los alumnos?**

TESTIGOS DE LA IGLESIA EN EL CAMPO DE LA CULTURA

Los laicos tenemos una responsabilidad inexcusable en el campo de la cultura. Responsabilidad o misión que nos sitúa entre la fe y la cultura impartida y entre la palabra que pronunciamos y el testimonio de vida.

En la Exhortación apostólica *Christifideles laici* (Los fieles laicos), el Papa Juan Pablo II recuerda cómo *«la Iglesia pide que los fieles laicos estén presentes, con la insignia de la valentía y de la creatividad intelectual, en los puestos privilegiados de la cultura, como son el mundo de la escuela y de la universidad, los ambientes de investigación científica y técnica, los*

lugares de la creación artística y de la reflexión humanista» (44).

Porque necesitamos vivir comunitariamente la fe y la misión, Jesucristo nos convoca a la Iglesia. *«La Iglesia soy yo y sin mí ella no será aquí, pero a la vez cada uno de nosotros debería de decirse: sin la Iglesia, sin todos los hermanos que la forman, yo no sería creyente, yo no seguiría yendo al Evangelio en silencio, yo no podría mantener mi fe, ni mi esperanza verdaderas»* (OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Educación hoy en cristiano*, AA. VV. *Educación en valores hoy*, Consejo General de la Educación Católica, Madrid 1993, p. 31).

La fe aporta su propio caudal a los planteamientos de la educación y ejerce su crítica. Una fe adulta, arraigada en el corazón de lo humano, fecunda y dialogante, que descubre siempre nuevas posibilidades en la utopía de transformar la vida y la comunidad de los seres humanos.

BIENAVENTURANZAS DEL EDUCADOR:

1. Felices los maestros que aplican la pedagogía del ser y no la del tener, que son generosos en miradas, tiempos y palabras y enseñan a ser libres: ¡De ellos es el reino del cielo!
2. Felices los educadores que se percatan del sufrimiento de los alumnos y del mundo, que ofrecen solidaridad y consuelo y participan activamente para construir un mundo mejor: ¡Dios los consolará!
3. Felices los maestros que se dejan enseñar por sus alumnos, que cuando les preguntan de qué son maestros responden que de niños, que no siempre lo saben todo, que se dejan ayudar por los otros con sencillez y humildad: ¡ellos poseerán la tierra!
4. Felices los educadores que creen en sus alumnos y anhelan su crecimiento como personas: ¡Dios los saciará!
5. Felices los maestros que con paciencia, sensibilidad y comprensión escuchan las necesidades de los alumnos, que no juzgan ni condenan, que saben querer y perdonar y siempre los encuentras al lado de los más débiles: ¡Dios se apiadará de ellos!
6. Felices los maestros que se esfuerzan en transmitir alegría, ilusión y bondad, que actúan con sencillez y con el corazón abierto a todos: ¡Ellos verán a Dios!
7. Felices los maestros que dan una visión trascendente del mundo donde el esfuerzo de todos es necesario, que trabajan para

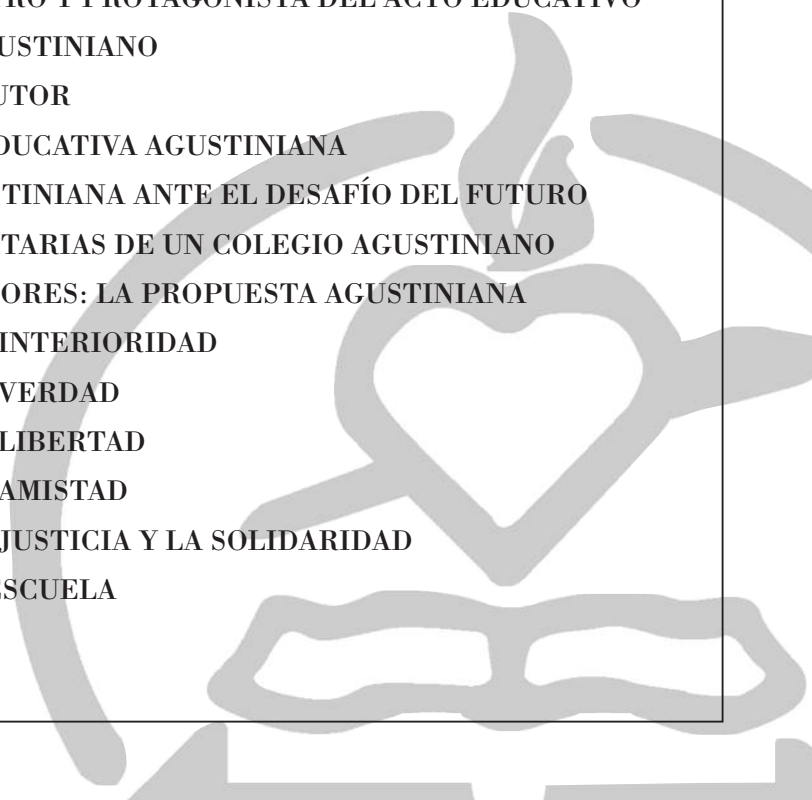
cambiar el odio por amor, para hacer la vida más fácil y agradable, que tienen toda la confianza y respeto en sus alumnos: ¡Dios los nombrará hijos suyos!

8. Felices los maestros que son testimonio de la utopía de la felicidad cristiana y contagian todo

el entusiasmo de una vida plena, que aman con todo su corazón y saben perdonar. Alegraos y celebrarlo, porque vuestra recompensa es grande en el cielo». (Entregado por el Abad de Montserrat al grupo de Educadores Cristianos participantes en la VIII Escuela de Educadores, 1997).

TESTIGOS EN LA ESCUELA

PROGRAMA DE FORMACIÓN PARA EDUCADORES AGUSTINIANOS

1. SAN AGUSTÍN CONTEMPORÁNEO
 2. SAN AGUSTÍN, PENSADOR Y SANTO
 3. LOS NUEVOS HORIZONTES DE LA EDUCACIÓN
 4. EDUCACIÓN Y EVANGELIZACIÓN
 5. PENSANDO EN LA EDUCACIÓN AGUSTINIANA
 6. PERFIL DE UNA PEDAGOGÍA AGUSTINIANA
 7. HACIA UNA METODOLOGÍA AGUSTINIANA
 8. EL IDEARIO O CARÁCTER PROPIO DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 9. PSICOLOGÍA DE LAS RELACIONES PERSONALES
 10. EL ALUMNO, CENTRO Y PROTAGONISTA DEL ACTO EDUCATIVO
 11. EL EDUCADOR AGUSTINIANO
 12. LA FIGURA DEL TUTOR
 13. LA COMUNIDAD EDUCATIVA AGUSTINIANA
 14. LA ESCUELA AGUSTINIANA ANTE EL DESAFÍO DEL FUTURO
 15. OPCIONES PRIORITARIAS DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 16. EDUCACIÓN Y VALORES: LA PROPUESTA AGUSTINIANA
 17. EDUCAR PARA LA INTERIORIDAD
 18. EDUCAR PARA LA VERDAD
 19. EDUCAR PARA LA LIBERTAD
 20. EDUCAR PARA LA AMISTAD
 21. EDUCAR PARA LA JUSTICIA Y LA SOLIDARIDAD
 22. TESTIGOS EN LA ESCUELA
- 

Cuadernos 